

La inocentada de la vida

ÓSCAR SÁNCHEZ ALONSO

QUÉ bromistas. Cuánto gracejo alberga nuestro carácter. Qué humorísticos. Qué fino sarcasmo el que nos adorna. Qué simpaticotes seguimos siendo.

Me llama la atención que hayamos consagrado un día a la mofa y escarnio del inocente. Por qué uno sólo cuando la vida, en sí misma, es una inocentada de principio a fin. La existencia es una broma pesada que soportan, con paciencia y resignación, los mismos inocentes de siempre.

Usted, que puede leer estas líneas, como yo, que ahora las escribo, posiblemente no somos los más indicados para la protesta. Podemos serlo, entiéndame, pero dentro de lo que cabe —y cabe mucho— me reconocerá que no somos los más agraviados de este desajuste. Somos víctimas de caprichosos y desatinos —claro que sí—, pero somos —a su vez— partícipes y cómplices de otra gran inocentada, tan poco inocente como risible y divertida.

La madre de todas las inocentadas la viven unos niños y familias somalíes o ruandeses; guatemaltecos o keniatas; serbios o de Chiapas; de Vallescas o Pizarrales. En este periódico acaba de publicarse: Cáritas ha denunciado que la vivienda y el paro son los problemas más graves que padece la provincia de Salamanca. Nada hay de

peculiar respecto a lo que puede ocurrir en el resto del mundo.

En las ciudades más avanzadas; entre el Internet y lo digital; entre los más deslumbrantes descubrimientos tecnológicos y telemáticos y *teleincreíbles...* entre todas esas realidades (ficticias o virtuales) existe otra verdad: cinco millones de personas sin hogar viven en los EE.UU.; tres millones, en Europa; y 50.000 en España.

Son muchos los *homeless* que ni siquiera precisan apretarse el cinturón para pagar las inevitables letras del préstamo bancario. No tienen letras, porque perdieron hasta su nombre; y carecen de banco porque no tienen qué guardar... sino miseria. La escasez, ya se sabe, nunca renta. Subsistir es su hipoteca: una hipoteca que pagarán a un alto interés que a nadie ya *interesa*; y que amortizarán —a plazos de vida— hasta su inmediata y cercana muerte.

Todo eso, queda dicho, en la más avanzada de las sociedades. Dentro del Tercer o Cuarto Mundo, las cifras de la necesidad y los dígitos de la carencia crecen hasta el extremo. La penosa situación de los *sin techo* se recrudece. Allí azota, aún con más dureza, la precariedad de los *sin pan*; y de los *sin tierra*; y de los *sin agua* y... de los *sin nada*. Aumentan a borbotones mientras crece la única de sus

propiedades: el hambre que alimenta su desnutrición y agotamiento.

La humanidad les ha gastado su broma más sangrienta. El mundo de los opulentos (y en relación a ellos, todos somos ricachones) ríe a carcajadas ante el desconcierto que genera tan gravosa *gracia*. La sociedad internacional (y la S.I. —no escurramos el bulto— también somos nosotros) se parte de humor ante las consecuencias de tan *hilarante* bufonada.

La sentencia de Gandhi, sabida y reiterada, continúa teniendo pleno sentido: «La tierra da lo suficiente para satisfacer las necesidades de los hombres, pero no su avaricia». Podemos hacer, como solemos, oídos sordos, pero el mensaje sigue siendo válido y el diagnóstico, cada vez, es más certero.

La tierra, que produce para todos; distribuye, tan sólo, para unos pocos. Los mismos bromistas que, como yo (y posiblemente usted), seguimos haciendo burla a la más mínima dignidad del ser humano.

Hemos colgado el muñequito de papel sobre unas espaldas mojadas; castigadas; malheridas. Nadie —entre los más poderosos guasones— tendrá coraje para tratar de quitar ese muñeco que tanta risa nos provoca: el muñeco de la angustia; el muñeco de la esclavitud.